



Las tres tazas

“De Santafé a Bogotá, a través del cuadro de costumbres”

LUIS H. ARISTIZÁBAL

Reproducciones: *Alberto Sierra y
Fondo Cultural Cafetero*

QUE MEJOR MANERA de evocar a la Santafé moribunda y a la Bogotá naciente que a través de la vida y la obra del más ilustre de sus literatos, don José María Vergara y Vergara (1831-1872).

Fundador de la Academia Colombiana de la Lengua, mecenas generoso y amigo el más fiel, de él se decía que se robaba a sí mismo para socorrer a los necesitados. Su fe en la colaboración entre los hombres y su amor a la tierra nativa se reflejan en una de sus mejores páginas, la titulada *El último abencerraje*, parábola —según don Tomás Rueda Vargas—, del buen sabanero.

Podría decirse que la pequeña obra maestra del costumbrismo bogotano es *Las tres tazas*, cuadro de Vergara que retraza el tránsito de la aldehuela colonial (Santafé) al tráfago de la urbe cosmopolita (Bogotá). He de hablar de costumbrismo, aun a conciencia de la inevitable torpeza que se comete al encuadrar cualquier manifestación artística dentro de un ismo. Profeso, como Voltaire, la creencia de que todos los géneros y escuelas son buenos, salvo los aburridos. Todas esas clasificaciones arbitrarias han quedado atrás a partir de la *Estética* de Croce. Pero son cómodas y se han mostrado eficaces para edificar sobre ellas una historia que no puede sostenerse sobre un pilar de miles de hechos particulares.

De costumbrismo, pues, podemos hablar a mediados del siglo XIX. Digamos, con Jaime Posada, que es costumbrista todo encuentro, sin adulteración, con la realidad de una época, con sus sentimientos y sus pequeños quehaceres. Con esta definición, arbitraria como todas, estamos aceptando que el cuadro de costumbres no abarca un período determinado, y aún menos un lugar. Costumbrista es entonces, por ejemplo, la descripción de la Santafé del siglo XVII que hace Piedrahíta: “Santafé de Bogotá está en las faldas de dos montes por donde pendiente extiende su población [. . .]; sus calles son anchas, derechas y empedradas de presente todas, con tal disposición que ni en invierno se ven lodos, ni fastidian polvos en el verano”. Tras la minuciosa descripción de sus cuatro plazas, sus puentes en arco, sus acequias y sus molinos, Piedrahíta describe los usos y formas de vida de los habitantes. La pura descripción no ahorra el comentario moralizador del escritor ni la imaginación creadora, pues la precisión histórica no es esencial al ámbito literario. Un cronista de Indias, para citar un caso, supuso que en Santafé los muchachos andaban “registrando los caños de las calles en que hallan no pocas veces punticas de finísimo oro que deben de despedirse de los cerros que dominan la ciudad”. Era, claro, la época del Dorado y de las minas fabulosas de Jauja y del Potosí, que hizo mella en la imaginación calenturienta de los que jamás visitaron las Indias o que no quisieron ver lo que en verdad había.

⇐ Izquierda:

José María Vergara y Vergara (1831-1872), fundador de los periódicos El Mosaico y La Siesta, y de la Academia Colombiana de la Lengua. Uno de los escritores costumbristas más importantes, autor del libro Las tres tazas (Colección Biblioteca Luis-Angel Arango).



Yo te amo. Acuarela de José María Domínguez R. (Fondo Cultural Cafetero).

Con hermosa dignidad, el costumbrista quiere hacer literatura de la historia o lo que, tras criticarle el hecho de no hacer crítica social, Eduardo Camacho Guizado llamó “seudosociología”. Pero lo cierto es que los tiempos no estaban para el análisis de luchas sociales; la eficacia del cuadro costumbrista radica en gran parte en el poder de sorprender a un lector que se entera atónito o divertido de que —digamos— en alguna época se impuso entre los hombres de Bogotá la moda de no usar esas “superfluidades” que hoy conocemos con el nombre de “ropa interior”. Aun así, hay cierta objetividad en esos colectores de hábitos, porque no se preocupan sino por pintar una transparencia; el costumbrista pesquisa, intenta sacar a luz lo soterrado, y suele ser ecuánime en su dibujo. No se encuentra en él ese vano autoelogio, ni la hiperbólica repetición insaciable del patriótico catálogo de nuestras riquezas naturales, propia de algunos de los primeros escritores de la nueva república. Antes bien, el cuadro de costumbres practica una sistemática benevolencia hacia todo, con cierto candor humanista.

Infortunadamente, la tradicional y muy influyente indulgencia del maestro Sanín Cano no pudo aceptar el movimiento costumbrista: “El cuadro de costumbres tiranizó toda una época”. O “se pensaba que un pequeño esfuerzo y capacidad de observación bastaban para crear obras maestras del género”. “La ola romántica trajo entre nosotros la boga del cuadro de costumbres [. . .]. La popularidad de muchos años vino a parar en el descrédito de mucho tiempo”, escribió en *Letras colombianas*.

Argüiré, sin embargo, que pocas cosas hay menos románticas que el realismo desapasionado del cuadro de costumbres. Me apoyaré en el testimonio de don José Eusebio Caro, gran romántico que, al igual que Poe en la otra América, fijó los límites académicos de la literatura, deseando hacer desaparecer toda obra de ficción. Caro, no obstante, no produjo un solo cuadro de costumbres y fue, a no dudarlo, un rebelde contra la realidad, un soñador, contrariamente al espíritu clásico y tradicional que encarnaría su hijo don Miguel Antonio.

La crítica de Camacho Guizado no ha sido menos dura: localismo, provincianismo, estrechez de miras, o expresión de terratenientes cultos en sus ratos de



La venta y el dueño. Acuarela de José María Domínguez R. (Fondo Cultural Cafetero).



Una estancia en Chapinero. Acuarela de Manuel Dositeo Carvajal. Julio de 1858 (Fondo Cultural Cafetero).

ocio, forman parte de su análisis dialéctico del costumbrismo, pese al mentís que le da la obra de Eugenio Díaz, campesino de ruana y alpargatas que produjo una de las mejores obras del período y que con sencillez escribió: “el costumbrismo no se inventa sino que se copia”.

Pero tratemos de precisar la época que nos interesa. Un antecedente podría ser el Semanario de la Nueva Granada, de Caldas, en el que se vieron títulos de cómica trivialidad: “Del ayuno en nochebuena y de la antigüedad del uso de los buñuelos”, o “Exposición sobre el uso y utilidad de tocar las campanillas en las iglesias”, de don Felipe de Vergara. Son cuadros que ya llevan en sí el espíritu costumbrista. Son los últimos días de la colonia, cuando ya se empieza a hablar de una Santafé supuestamente culta, una Atenas suramericana.

LA ATENAS SURAMERICANA. ¿QUIEN LA INVENTO?

En reseña aparecida en un número anterior de esta publicación, Jorge Orlando Melo se preguntaba el origen de la expresión. Se ha atribuido intuitivamente la acuñación del término “Atenas suramericana”, para Santafé, al barón de Humboldt. No deja de ser interesante indagar un poco por el origen de tan usado y quizá poco dichoso calificativo. Como contribución a un tema curioso, propondré unos pocos datos desnudos escogidos al azar de diversas lecturas.

Si la obra finisecular del francés Pierre d'Espagnat no rebaja a Bogotá (1898) de “Atenas del sur”, las anteriores crónicas del argentino don Miguel Cané hablan de una “Atenas suramericana”. Melo observa que el francés Charles Saffray, a propósito de la ciudad ignorante que conoció hacia 1862, habló con ironía de la “nueva Atenas”. Pero ya antes, en 1831, decía de la ciudad el sacerdote José Scarpetta en *La Boliviada*: “igualarte pretenden con Atenas”. Y mucho más atrás, en plena colonia, floreció don Francisco Antonio Vélez Ladrón de Guevara (1721-¿1781?), el primer poeta genuinamente santafereño. Epigramático, cortesano y festivo, entre burlón y cachaco, Ladrón de Guevara fue nuestro Ronsard ante la corte de los virreyes y es recordado por una



De izquierda a derecha: Ricardo Silva, Ignacio Gutiérrez Vergara y José Caicedo y Rojas (Colección Biblioteca Luis-Angel Arango).

célebre oda al dolor de muelas de una dama. En una de sus décimas, denigra de los sabios extranjeros:

*Traer a Santafé oradores,
Atenas de tantos sabios.*

¿Fue éste el origen del término?

El nombre de Humboldt no puede ser pasado sin algún comentario. Porque el espíritu científico del sabio alemán fue ciego a la vida americana, o más exactamente a la vida del blanco y del mestizo americanos. No quiso voltear la vista hacia la clase alta, a la que miraba con cierto desprecio no exento de nacionalismo. En cambio, negros e indios fueron objeto de su simpatía y de agudas observaciones sociales. Santafé apenas sirvió para que materializara su admiración por Mutis y para que constatará, con un romanticismo a lo Goethe, que aquí las rosas se habían vuelto salvajes y que en ninguna otra parte eran más olorosas, o que no se sufría de fiebres pero sí de hidropesía, ataques reumáticos y tabardillo. Su paso acaso sí sirvió para dirimir una terrible disputa que apasionaba desde tres siglos atrás a los santafereños, a saber, cuál de los cerros era más alto, si Monserrate o Guadalupe. El sabio teutón dio la palma a este último, agregando, para pasmo de sus escuchas, que tenía la misma altura que el Etna, en Sicilia. Lo que sí se trasluce de sus observaciones es la diafanidad de una atmósfera que permitía otear, casi a diario, los grandes nevados de la cordillera Central y, cosa notable, Humboldt advirtió claramente la fumarola del volcán nevado del Ruiz. Un poema de José Joaquín Ortiz da testimonio de aquellas alturas lejanas. Cerca de Santafé ve

*. . . en el confín del último horizonte,
reverberando al sol, alzar su cima
sobre un monte, y un monte y otro monte
la pirámide excelsa del Tolima.*

Y si hemos de creer a un pasaje de la novela *Manuela* de Eugenio Díaz, a mediados del siglo, la cúspide del Tolima también se observaba rodeada de halos volcánicos.

LA PRIMERA TAZA. EL CHOCOLATE SANTA FERENO

Es 1813. Nariño se apresta a partir para la campaña del sur. En casa del marqués de san Jorge, doña Tadea Lozano organiza una despedida para el general. La forma, una nocturna taza de chocolate. La escena será descrita por Vergara y Vergara. El chocolate santafereño es, desde luego, una herencia colonial y aristocrática, copiada en lejanos tiempos, y a la manera criolla, del clásico chocolate madrileño, tan espeso que se vacila en juzgar si pertenece al estado líquido o al sólido. Su preparación constituye todo un rito y es en extremo difícil, pues una delicada mezcla de cacao con canela aromática y humedecida en vino debe reposar en los arcones durante ocho largos años, so pena de un mal añejamiento. El día de marras no se precisa de menos cuidado en la elaboración: hervida el agua, se echan las pastillas; luego, otros dos hervores para que se derritan, acudiendo al precioso molinillo solamente tras el tercer hervor, con el objeto de crear esa espuma de visos azules y dorados tan característica, y no para “desbaratar la respetable pastilla a porrazos como lo hacen hoy innobles cocineras”. Además, no sobra decirlo, se precisan dos pastillas por jícara —jícara de plata, se entiende—, porque “hay casas en que con una pastilla despachan tres víctimas”.

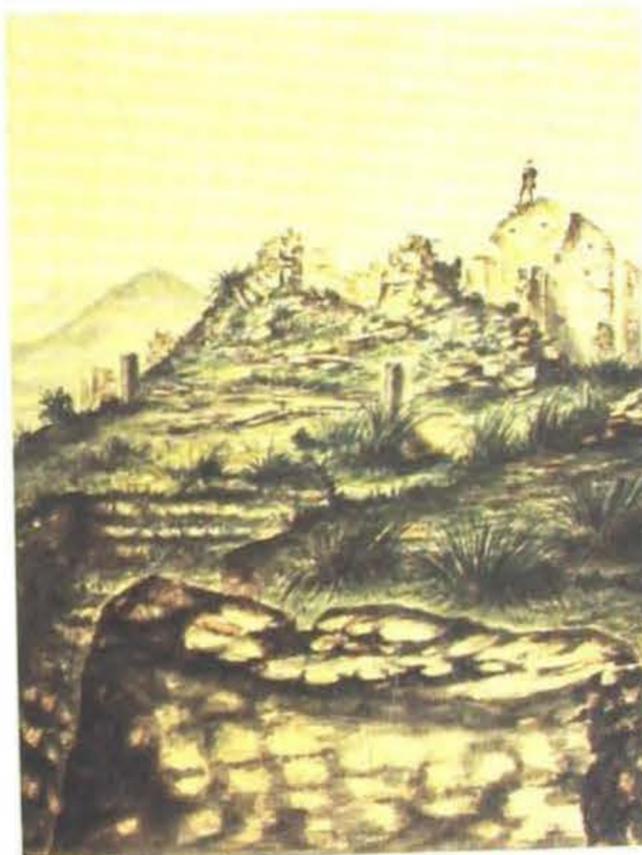
Júzguese el apetitoso resultado por estas palabras de Vergara: “¡Musa de Grecia, la de las ingeniosas ficciones, házme el favor de decirme cómo diablos se pudiera hacer llegar a las narices de mis actuales conciudadanos el perfume de aquel chocolate colonial!”. ¿Puede haber mejor caracterización de una época que ese cuadro sencillo y perdurable? Vergara escribe con nostalgia del pasado perdido irremediablemente: “Con tales jícaras fue que se llevó a cabo nuestra gloriosa emancipación política. Si hubiera sido el té su bebida favorita, el acta del 20 de julio de 1810 no hubiera tenido más firmas que las del virrey Amar, que nunca quiso firmarla”.

Cuatro años más tarde, casi todos los asistentes a aquella tertulia habían sido fusilados por Morillo o estaban en el destierro.

La república ha nacido. Es un siglo que todavía desea enfrentar la realidad. Hay optimismo. Los hombres se han transformado en héroes a fuerza de

Distracción; Jugando naipes. Acuarela de José María Domínguez R. (Fondo Cultural Cafetero).

Ruinas de Guadalupe en la cordillera de Bogotá tomada del lado occidental. Acuarela de Manuel Dositeo Carvajal (Fondo Cultural Cafetero).



degollar españoles, según la feliz expresión de Eduardo Lemaitre. Las señoras temen ahora más al ridículo que al infierno. Nacen los primeros círculos literarios independientes. Podemos señalar, como primera tertulia republicana, al Parnasillo. Eran medianos versificadores. Pero cantaron algunos las costumbres santafereñas. Es el caso de Ignacio Gutiérrez Vergara en su elogio del chocolate, canto homérico impregnado de mitologías:

*Diste también música sonora,
de toda la más grata y de más brillo,
que al batirlo produce el molinillo.*

La primera obra costumbrista será, según Alberto Miramón, *Las convulsiones*, deliciosa comedia de Luis Vargas Tejada, aunque su chiste sea más espontáneo y genial que el de sus continuadores. Podríamos agregar que es más mordaz y picante; ellos serán más sanos e ingenuos. Vargas Tejada era un genio, arrebatado por una temprana muerte. Tras la abortada conspiración septembrina de 1828, en la que quiso materializar todo su odio a Bolívar, debió refugiarse muchos meses en una caverna en algún lugar de la sabana, para marchar luego a los llanos en busca del exilio y perecer ahogado misteriosamente en un río. Como anotó Arango Ferrer, probablemente hubo un asesino, y seguramente un testigo. Como poeta, Vargas Tejada hubiera sido grande. Habló, mucho antes que Valencia y sus camellos midieran a grandes pasos un arenal nubio, del “tardo insecto que la tierra mide”. Y en *Las convulsiones*, consignó en gráciles versos la vida de la Santafé del 1820, que se niega a madrugar y a trabajar:

*¿Podrá acaso sufrir el más paciente
una vida tan triste y mezquina
como es la de un empleado de oficina?
[. . .] mejores oficinas
son la fonda, el billar y las esquinas.*

Por lo que toca a la cuestión social, es ya lugar común el admitir que la independencia significó apenas un cambio de una elite peninsular por una elite criolla. La modorra colonial, heredera de dos siglos abúlicos que fueron, al decir de Octavio Paz, nuestra Edad Media, ya que no tuvimos nunca siglo XVIII ni Ilustración, dominará la vida económica hasta 1850, como lo demostró acertadamente Nieto Arteta. Se vivirá lentamente vida de aldea, comentando acaso el terremoto de 1827 o el nunca bien bendecido gobierno de Mallarino. Al viajero francés Augusto Le Moyne, que estuvo en el país entre 1828 y 1839, le impresionarán las “saturnales de tres días” que preceden la cuaresma, describirá una ciudad en la que se empieza a consumir el pan francés y dirá que las santafereñas son inteligentes e ingeniosas, pero incultas, aunque gozan de una “excesiva libertad de expresión”, y se extraña de las muchas relaciones extramatrimoniales que se dan en una clase media poco mojigata, así como de que las mujeres fumen. (Treinta años más tarde, Bizet tendrá problemas para montar su ópera *Carmen* en la ciudad más liberal del mundo, por mostrar en público mujeres fumando). A Le Moyne lo aterran, además, la deficiente prestación de justicia, legado colonial, y la conscripción obligatoria.

EL NACIMIENTO DEL CACHACO

Los calentanos llamaban a los santafereños “moscas”, que es como decir “muisca” o “chibchas”. Hoy se diría “indios”. El origen del término está

simpácticamente descrito por Rodríguez Freyle en *El carnero*; los conquistadores habrían oído decir a los indios “musca puenunga”, que quiere decir “muchas gente”. El traductor habría dicho: “dicen que son como moscas”, de donde se les quedó el apelativo durante toda la colonia.

La primera sociedad republicana se dividió entre “calzados” y “descalzos”, haciendo referencia a una distinción visible, puramente económica y no racial. En *Manuela*, Eugenio Díaz hablará de criadas blancas y hermosas a quienes hay que mirar a los pies para distinguirlas de las señoras.

El estreno de libertad política quería formar a toda costa grupos nuevos, castas y partidos que lucharan por un poder que nunca antes se había ejercido; con ello nacieron, además de los partidos tradicionales, toda una serie de distingos sociales vagos, contradictorios y difíciles de definir. En 1833, los dictatoriales llamaban “cachacos” a los liberales que acabaron con la dictadura de Urdaneta. Un costumbrista antioqueño, Juan de Dios Restrepo (Emiro Kastos), hizo la mejor definición del cachaco: “El cachaco ha sido siempre el representante más caracterizado del buen humor y del espíritu bogotanos. Entre los veintidós y los veinticinco comienza y acaba su carrera. Chistes escogidos, ocurrencias afortunadas, elegancia en el vestir, maneras finas, aventuras galantes, calaveradas de buen tono”.

Siguiendo a Laureano García Ortiz, los dos primeros cachacos fueron Nariño y Santander. El primero bien pudo ser Nariño. Dice Gómez Restrepo: “hacía guerra de guerrillas esgrimiendo las armas de la ironía y el sarcasmo, con la agudeza y el espíritu cáustico propio de los bogotanos”. El cachaco está unido a un tipo de humor muy particular. Esa sátira muy bogotana ya estaba presente en don Francisco Javier Caro, gaditano de origen vasco, abuelo de don José Eusebio. Este funcionario colonial dejó tres volúmenes de un diario, jamás publicado, que Vergara calificara como “Santafé en camisa”, quemado años después, por escrúpulos de conciencia, por alguna lejana heredera ¹.

En algún momento de nuestra incierta historia social, el pueblo empezó a identificar a los cachacos con los comerciantes y con los “gólgotas”, liberales radicales y románticos que, paradójicamente, harían la gran revolución anti-colonial e introducirían el librecambio, con tanto arranque populista que don José Eusebio Caro, sintiendo llegado el socialismo con el gobierno del general José Hilario López, se marcharía a un exilio del que no habría de regresar. El pueblo emprendió consignas como “mueran los cachacos, abajo los gólgotas”. De su lado se alinearon los artesanos o “chisperos”, los de ruana, es decir los campesinos pobres, los “nieblunos”, vecinos del “tenebroso arrabal” de las Nieves, los “guaches”, los bolabotines o emboladores callejeros (el betún se vendía en bolas; de ahí los apelativos) y todo el resto del vago proletariado. En los escritos de la época se desnuda el tremendo arraigo popular de dos caudillos: Obando —el más querido— y Melo, el maníaco que se divertía con sus dos caballos y su vaca en los salones de recibo de palacio y que diera muerte a sus animales favoritos con su propia mano antes de verlos caer en manos del enemigo, en 1854. Ese golpe a Melo significaría el final de una época populista, y la derrota del artesanado, cuyos miembros fueron enviados literalmente a podrirse en las riberas del Chagres, en Panamá.

El costumbrista más característico de la primera época republicana fue don José Caicedo y Rojas (1816-1897). “Don Pepe” era hombre anclado en el pasado. Cantó, al decir de Martínez Silva, las cosas arcaicas. Escribió, con

¹ Antonio Gómez Restrepo, *Historia de la literatura colombiana*, Bogotá, Biblioteca Nacional, s.f.

cierta candidez, que los cuadros de costumbres tenían por objeto pintar y corregir los usos y manera de vivir de la sociedad. Compuso una excelente biografía de Vargas Tejada y otra de fray Domingo de las Casas. Y su delicada pluma mercenaria fue responsable de otra obra célebre, el *Diario de un abanderado*, memorias del pintor-soldado José María Espinosa. Nos legó una novela, *Don Alvaro*, inmenso cuadro colonial, así como el que Camacho Guizado considera el más valioso libro costumbrista: *Apuntes de ranchería*, que, como su nombre lo indica, se dedica más a la vida del rancho campesino que a la ciudad. Es un libro que no ha dejado escapar todavía toda su fragancia; muy castizo y deleitoso, de estilo manso y sereno, se complace en revivir tiempos mejores, remotos y tradicionales. Es una pesadumbre del ayer. *Juana la bruja* es la recreación de unas de las historias antiguas de El carnero; otros cuadros, como *El tiple* y *Antonio Caro*, son recuerdo de nuestra primera cruenta guerra civil, la de 1840. Este libro daría en su tiempo gran fama a “don Pepe”, un cachaco que parecía un sajón, rubio e inmenso.

Como he marchado un poco rozando el terreno gastronómico, quiero recordar que, en *Don Alvaro*, Caicedo describió el plato colonial santafereño más típico: el monumental puchero, llamado por los chapetones “olla podrida”: “en el amplio bandejón yacían confundidos y campeaban humeantes, además de las carnes de vaca, cordero, jamón y gallina, el dorado tocino, el negro salchichón, el blando repollo, el plátano, manzanas, pasas, duraznos y demás artículos de la facura pucherística: unión fraternal y emblema el más cumplido de la igualdad y democracia aplicadas al arte gastronómico”.

LA SEGUNDA TAZA:

EL CAFE Y LA PRESENCIA INGLESA EN SANTAFE

Al final de su primera taza, Vergara escribe: “Morillo hizo su cosecha de sangre. Pasó aquella tempestad y vino Bolívar. Con Bolívar vinieron los ingleses de la legión británica y con ellos, ¡cosa triste!, el uso del café, que vino a suplir la taza de chocolate”.

Sí, el café, y no el té, fue el primer legado inglés. Si de corazón Santafé seguía viviendo en la colonia, al menos exteriormente se quería romper con todo aquello que recordara la odiosa dominación y así los ojos miraron a otra cultura: la inglesa.

1848. Vergara es invitado a beber una taza de café. “El café me era conocido como un remedio excelente, feo como todo remedio”. Por fortuna, a este precede el irremplazable ajiaco —señal de la evolución gastronómica—, que era una sopa acompañada seguramente de “curas” o aguacates y seguida por hermosos pollos asados, “dignos de un príncipe convaleciente” y de todo tipo de vinos y, al final, del odioso café. Vergara escribe a su amigo Ricardo Silva: “¡Oh Silva! ¡Oh Silva! ¡qué sorbo! . . . Apurado el primer sorbo, apartamos respetuosamente el pocillo, y yo volví la cara para escupir con maña y sin que nadie notara el puñado de afrecho que me había quedado en las fauces”. Impúdico brevaje, tinta de uvilla con tártaro, lo llama. “Ahora no soy caballero, no soy sino un hombre herido en lo más caro que tiene, en su guargüero; soy un león enfurecido; y si no me das chocolate —dice al anfitrión— te despedazo, aquí en presencia de tu tierna esposa y de tus tiernos hijos”.

La invasión inglesa estaba en su apogeo y la reina Victoria gobernaba cómodamente sus inmensos dominios ultramarinos, ya políticos, ya mercantiles; los



Los cazadores: Costumbres granadinas. Manuel Dositeo Carvajal (Fondo Cultural Cafetero).

británicos sorprendidos porque sus grandes glorias nacionales, como Francis Drake o Walter Raleigh, no fueran considerados aquí más que vulgares piratas, trataban con vario éxito de extender su influencia más allá del simple comercio. Así explica Germán Arciniegas el proceso de britanización: “Como la independencia nos ha venido en parte de los ingleses —porque fueron los ingleses de Filadelfia quienes primero nos regalaron con la fórmula republicana, y luego Inglaterra nos prestó unas cuantas libras para ayuda de costas en la guerra—, nos da por tomar de Inglaterra la mayor colección de hábitos nuevos, con que ofender a la tradición española de los chapetones [. . .] El mayor tono que se dieron por un siglo los americanos fue cambiar los géneros de Castilla por artículos ingleses. Ya no se volvieron a mencionar paños de Córdoba, sino ingleses. Ingleses eran los vidrios de las ventanas. El calzado inglés, el mejor. El corte del vestido, inglés. Se trocaron las casacas de terciopelo y cascadas de encajes, y chambergos, por trajes de corte inglés, por el *smoking* y el *jacket* y el cuello duro y el sombrero duro. Hasta las indias empezaron a vestir con zarzas de Manchester, que fue la mayor influencia de la escuela manchesteriana registrada a principios de la república”. Pasamos de los toros a los hipódromos con *jockeys*, e introdujimos enfermedades como el exótico *spleen* londinense. “Finalmente, introdujimos teja inglesa legítima, metálica, galvanizada”.

En el campo filosófico y en el económico, Santander trajo las teorías utilitarias de Bentham, que, según José Eusebio Caro, se tradujeron en una terrible desmoralización de la juventud, y hacia 1847 llegó de Inglaterra don Florentino González con el fresco *laissez faire* bajo el brazo. Los estudiantes del



El paseo que el bogotano de escasos recursos podía realizar era ir a rezar a la iglesia de Lourdes en la vecina población de Chapinero (Recuerdos de Bogotá; Ediciones Augusto Schimmer).

colegio de San Buenaventura, para citar un caso, entre ellos el joven Jorge Isaacs, portaban un uniforme igual al de Oxford y los niños ya no eran invitados a tradicionales convites sino a *lunchs*. Los ferulazos en las manos, que más de un siglo después algunos alcanzamos a sufrir en carne propia, eran también una importación de la “civilización” británica.

Una escogida inmigración se produjo entre 1825 y 1860. Algunos como O’Leary, habían llegado a América incluso antes que la Legión Británica, así como varios franceses que explican la presencia de apellidos como Girardot y Soublotte en la gesta emancipadora. Otros vinieron como simples viajeros: Hamilton, o el ilustre capitán Cochrane, héroe de la independencia del cono sur del continente, gran admirador de Nariño, que dejó sus recuerdos en el *Journal of a residence and travels in Colombia* (Londres, 1825). Ilustres apellidos, algunos de los cuales perduran en Bogotá, vienen de ese entonces: Wilson, Fallon, Schloss, Isaacs, Reed, Michelsen, Malo, Cross, Constantine, Davoren, Sayer, Logan, Collins, Bonitto, Wills, Powless, Linding, Price, entre otros. Precisamente sería don Enrique Price quien, en 1849, fundara la Sociedad Filarmónica, origen remoto del Conservatorio Nacional, entidad que organizaba un concierto cada mes, cerrado con valeses de Strauss. Ella introdujo el frac y la corbata en las ocasiones solemnes. Su esfuerzo sería refrendado, años más tarde, con la fundación, por don Jorge Price, de la célebre Academia, convertida con el tiempo en el conservatorio. Varios ingleses llegaron como pintores de la Comisión Corográfica; entre ellos Price y el acuarelista Edward Mark.



Río-Bogotá en la región de la Mesa, una de las poblaciones a donde paseaban los bogotanos (Recuerdos de Bogotá; Ediciones Augusto Schimmer).

El papel que había desempeñado Francia en el movimiento intelectual que precedió a la emancipación se diluyó como por encanto. Basta leer nuestros poetas del siglo XIX para concluir que el Imperio Británico había sembrado no sólo su espíritu sino su sangre en Santafé. Tuvimos a José Joaquín Ortiz, a Julio Arboleda O'Donell, de ascendencia irlandesa, a su primo hermano don Lino de Pombo O'Donell, quien no fue poeta porque consideraba la poesía un "rimar fútil", sino prócer que sostuvo el sitio de Cartagena alimentándose de carne de burro, siendo uno de los pocos que logró escapar de Morillo, sin lo cual nos habría privado de la brillantez de sus hijos, don Rafael y don Manuel Pombo, éste costumbrista bogotano nacido en Popayán. Tanto Diego Fallon como Jorge Isaacs llevaban sangre inglesa en sus venas, así como la poetisa Gordon de Jove, parienta de lord Byron². "En la poesía colombiana, en la más original, en la más castiza, en la más española, hay un vago perfume, un dejo sabroso de poesía inglesa", escribió Juan Varela. Y el mismo Menéndez y Pelayo observó que hasta Núñez parecía un gran poeta inglés que escribiera en castellano.

Tanta pudo ser la influencia, que llegó a darse el caso aberrante de que fuera más fácil enterarse de las noticias nacionales a través de un diario londinense que a través de los medios propios, sumergidos como estábamos en la época de revolucioncitas que Eduardo Lemaitre ha denominado "caótica edad media republicana, cuyo cuadro histórico resulta casi imposible de revivir". Tanta guerra ominosa puede sólo explicarse, como lo hicieron los autores de *Pax*, al terminar la más larga y sangrienta de ellas: los colombianos vivimos dominados por la nostalgia de la muerte.

² Antonio Gómez Restrepo, Historia de la literatura colombiana, Bogotá, Biblioteca Nacional, s.f., Tomo III, Ap. pág. LXXXVI.

TRES PASEOS SANTA FERENOS

En 1846 los textos de geografía proclamaban: "Santafé de Bogotá, capital de Colombia, situada al pie de los nevados de Monserrate y Guadalupe, en donde nacen los caudalosos ríos de San Francisco y San Agustín, atravesados por magníficos puentes, en sus aguas se pescan anguilas y capitanes. Todas las calles están perfectamente empedradas, y embaldosadas y por el centro de ellas corren arroyos de aguas puras y cristalinas". Semejante hipérbole era pura fantasía creadora. Pero, ciertamente, había un auge económico y la ciudad crecía. Por entonces se fundaron varios colegios, como el de don Ricardo Carrasquilla y el de don Santiago Pérez. La vida de los estudiantes se refleja en la *Historia de un alma* de don José María Samper, agradable autobiografía de aquel patricio. Esa última Santafé, aldea de buhoneros, de tabernas, de horchata de ajonjolí y de buñuelos, es descubierta por libros que no son del todo costumbristas; es el caso de *Bogotá en 1849* de Camacho Roldán. Toda la literatura de la época está impregnada por el costumbrismo, hasta los libros de viajes. No se le puede negar ese carácter a la *Peregrinación de Alpha* de Manuel Ancízar (1853), para citar un caso ejemplar. Y es que, con el apogeo económico, los viajes cobraron importancia. Los que podían, marchaban allende los mares, por la ruta de Villeta, Guaduas y Honda, tan bellamente

El Chorro de Padilla. Acuarela de Manuel Dositeo Carvajal, 1871 (Fondo Cultural Cafetero).



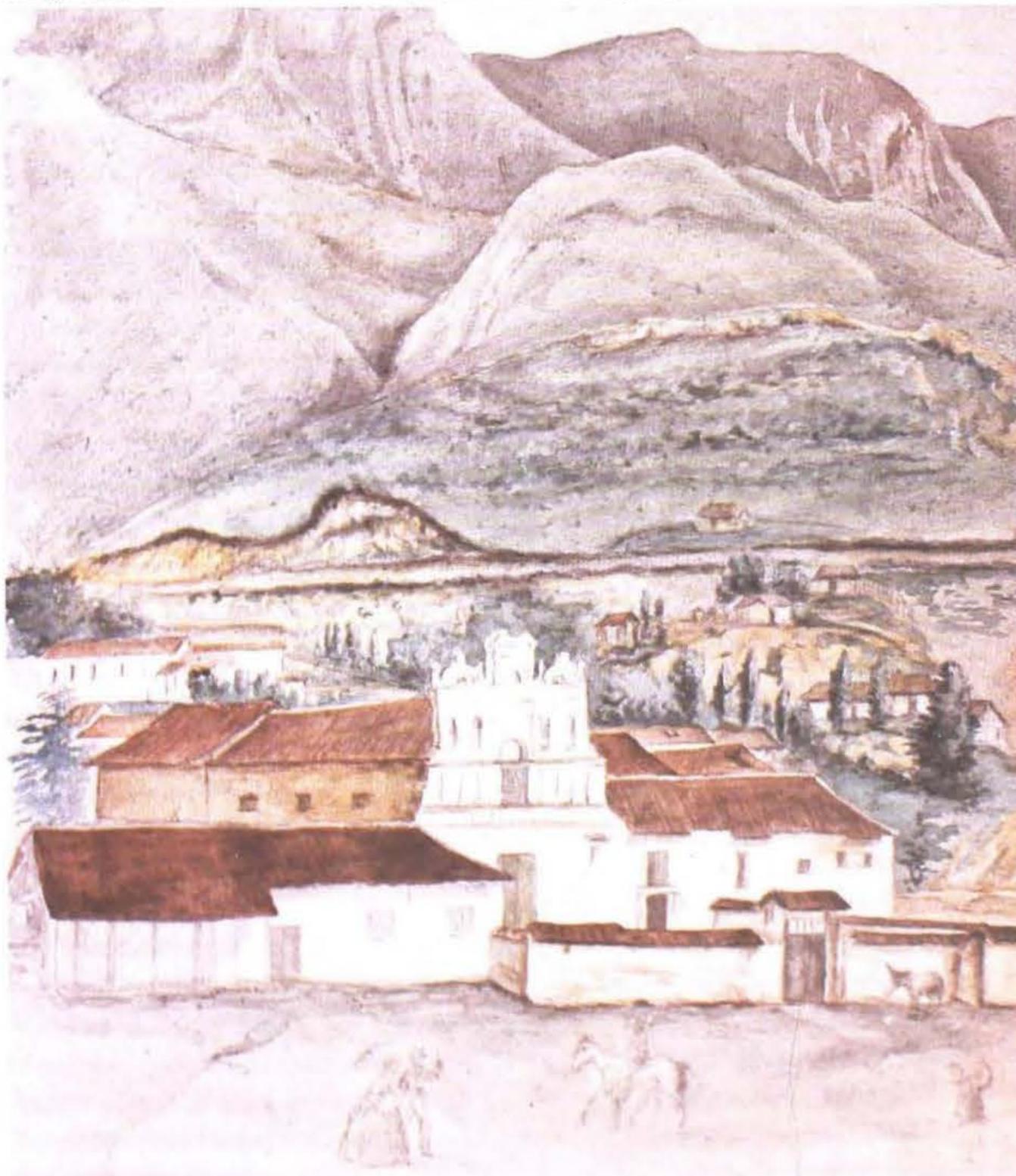
descrita en *Pax* de Lorenzo Marroquín y José María Rivas Groot y en *La otra raya del tigre* de Pedro Gómez Valderrama, topándose en camino con los sartaes de pianos que subían a lomo de mula, o con las primeras compañías de ópera, tenores y barítonos que turbaban con sus vozarrones la tranquilidad del páramo. Después era el Magdalena de caimanes y manatíes, cuyo aroma rescató García Márquez en *El amor en los tiempos del cólera*, antes de pasar dos largos meses marinos para estar por fin en Europa.

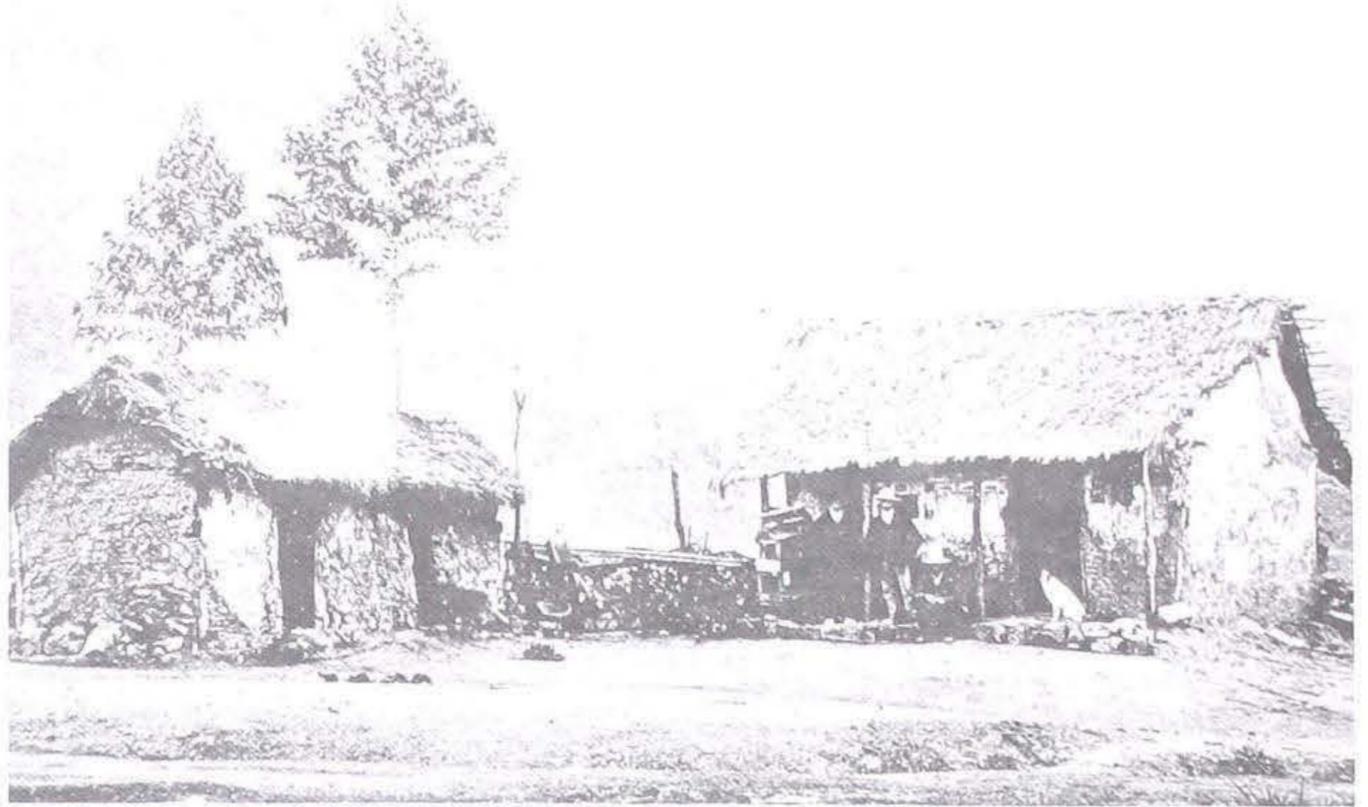
Todos soñaban con el mar. “Mercaderes conozco por sartaes / y que no han visto otro río que el Fucha”, repetía el poeta. Santafé estaba “a más de doscientas leguas del mar, sin caminos para transitar por los despeñaderos que la separan del mundo civilizado, y tan próxima al vacío atmosférico que podría decirse, sin hipérbole, que vivimos en otro planeta”, escribía Cordovez Moure. Y José Eusebio Caro lamentaba la suerte de los no pudientes:

*¡Mar insondable, eterno, inmenso y solo!
El pobre no os verá.*

Y, ciertamente, el hombre del interior vendría a descubrir el mar a través de Gregorio Castañeda Aragón y de León de Greiff, casi un siglo más tarde.

Las aguas. Acuarela de Manuel Dositeo Carvajal (Fondo Cultural Cafetero).





Similares a estas deberían ser las chozas campesinas a las que se refería el escritor Caicedo y Rojas, en su libro *Apuntes de rancherías*. (Recuerdos de Bogotá; Ediciones Augusto Schimmer).

Pero el pobre gozaba de algún consuelo. Podía ir de pesca al Fucha o Bogotá, donde sacaría alguna “guapucha”; o podía ir a rezarle a la virgen de Lourdes en la vecina población de Chapinero. Otros se iban a “temperar” a la Mesa de Juan Díaz, en la provincia de Tequendama. Es de sumo interés comparar tres paseos relatados por los costumbristas. Don José Manuel Groot (1800-1878), santafereño de pura cepa, describió un “inolvidable” viaje a Ubaque, lleno de peripecias desagradables para el paciente relator que se resiste a buscar poteros lejanos, a pesar del queso, del bocadillo y del chocolate que alegran un camino lleno de dificultades, con parada a beber chicha en Las Cruces antes de trepar por Los Laches.

Igualmente infausto resulta el paseo narrado en *Mi familia viajando* de don Ricardo Silva, réplica del anterior. Aparte de la bella imagen de las numerosas torres y tejados de Bogotá entre la bruma transparente, el paseo deja la impresión de la anarquía más completa. “Como buenos colombianos —dice Silva—, todos mandábamos y disponíamos sin que ninguno hiciera cosa de provecho”. El mercado en los pueblos es más caro y más escaso y, “por fin de fines”, los viajantes regresan a la ciudad “enfermos, flacos, quemados y feos, todo por consecuencia de haber pasado unos días en el campo inmediato a la ciudad”.

El tercero, de Cordovez Moure, no es menos desdichado, a pesar de que su destino es otro: Villeta. “No podía ser más penosa la situación de los que creían salir a descansar a otros climas”, escribe Cordovez. “Cada dedo de los pies de los viajantes era un panal de niguas, que, en opinión de nuestro amigo Diego Fallon, deben dejarse entrar tranquilamente para gozar la imponderable delicia de rascarse contra el colchón de la cama”. Eso, agregamos, si se encuentra cama, porque don Miguel Cané observa que en Villeta una cama es “lujo asiático”. Cordovez Moure remata con gracia: “Al fin llegaba el término fijado para regresar a Santafé, a donde volvían los paseantes cargados de calabazos, cocuyos, pericos y toches, de los que daba cuenta en poco tiempo el gato de la casa; y como del paseo a veranear a tierra caliente sólo traían recuerdos enfadosos, pocos eran los que quedaban con ganas de repetirlo”. Razón tenían los santafereños en preferir estarse quietos en sus moradas en vez



Avenida de San Diego (Recuerdos de Bogotá, Ediciones Augusto Schimmer).

de ir a pasar trabajos y sufrir toda clase de percances en lo que antaño se llamaba ir a *mudar temperamento*. Y razón quizá tendremos los que dormimos plácidamente en la mañana dominical, imaginando las torturas sin nombre que sufren los que creen estarse divirtiendo comiendo almojóbanas en Chía o garullas en Soacha tras hacer una cola que parece cuidadosamente preparada para un mitin político.

TERCERA TAZA, EL TE.

¡SANTAFE HA MUERTO... VIVA BOGOTA!

Estamos en 1866. “¡Todo ha variado! —exclama Vergara— ¡Qué triste es quedarse uno poco a poco atrás! ¡Qué triste y qué desolador es encontrarse uno de extranjero en su patria!”. La irritación del escritor se dirige contra el engendro social que ha creado el comercio, el engréido y fatuo pisaverde bogotano, el anticachaco, un dandi importado, el terrible Mateo Castillo, ascendido primero a Mathieu Chateau y de allí simplemente a “chato”, y el no menos odioso y aborrecible marqués de Gacharná, un francesito “natural de Sutamerchán (sic)” y de estirpe “aclimatada en Noruega”. De edad de veintiún años logró ir a París; vivió en un quinto piso, devorando escaseces dos años mortales” hasta que regresó a Bogotá y se casó con una “inglesa del barrio Santa Bárbara”, heredera de cuantiosa fortuna. Es decir, un “nuevo rico”.

Ahora es París lo que atrae. Vergara es invitado a una *soirée* a la que en lo posible sólo asisten extranjeros, que serán atendidos por una “bona”. Se sirven bizcochuelos extranjeros con sabor a enfermedad, helados, llorones y, vaya usted a saber por qué, uchuvras verdes. Silva advierte que por entonces está de moda el dulce de uchuvras, así como los “huevos al plato”. La mostaza inglesa habrá sido sustituida por la de Dijon, mientras que los pobres seguirán consumiendo ají, “la mostaza de los pobres” (Eugenio Díaz).

Tras una conversación en la que se menciona a menudo “la Colombí” sigue un baile muy indecente para la extrema sensibilidad de Vergara; “consiste en

bailar extremadamente abrazados, con otras circunstancias deplorables”. La moral de Cordovez Moure marcha por la misma senda: “Bailar oprimiendo la pareja, como hace la boa constrictor que ahoga a la gacela que va a devorar, o hacer del baile un acto de preparación para comulgar al día siguiente, es malo”. El paroxismo se produce a la hora del té: “¿Por qué toman el té en lugar de tomar agua de borraja que era el sudorífico que enantes se usaba?”. Un vientecillo del Boquerón y la sudada del té obtienen un resultado apenas previsible en el pobre Vergara: una pulmonía, “que fue considerada por los médicos como una obra maestra en su género: llegaron hasta desear que no me salvara para ver cómo estaban mis pulmones”.

Todo tenía que estar consumado en una ciudad que había cambiado hasta de nombre: “¡Ay mi Bogotá! ¿Dónde estás, arrabal de mis entrañas? ¿Quién me diera que en vez de este té fuera un chocolate en casa de Samper, con asistencia de Carrasquilla, Marroquín, Quijano, Valenzuela, Pombo, Guarín, Salvador Camacho y otros que no sudan?”. Se refiere Vergara a algunos de los ilustres miembros de El Mosaico (1857-1871), tertulia que intentará, por encima de todo, salvar el honor perdido del chocolate, lo que no creo que haya sido advertido por los historiadores literarios. Se reunirán en las tardes a saborearlo con molletes, bizcochos, calaos y otras “arandelas”, entre las cuales no se desdeñará el queso de estera traído de Ubaté. De vez en cuando, un buen ajiaco; y siempre, conversación. Nunca bebidas alcohólicas y jamás política. ¿Cómo no va a ser ampliamente generoso un grupo de tales calidades?

Algo había ocurrido entre tanto; el pueblo grande que vivió en plena colonia hasta después de 1850, había desaparecido como por arte de ensalmo. “La guerra, entre 1860 y 1863, marcaría la ruina de Santafé”, escribió con nostalgia Cordovez Moure. “¡Sus funerales, como los de Alejandro, fueron sangrientos!”. Había nacido Bogotá, la metrópoli. Todo era posible en un mundo dislocado y conmovido por las historias fantásticas que traía don Nicolás Tanco Armero, primer y último santafereño que estuvo en la China y que traía, entre otras maravillas, un ajedrez que le había costado más de dos mil pesos en oro.

El costumbrismo estaba destinado a morir, pero lo iba a hacer lujosamente. Su alma sería Vergara y Vergara, y a su gran figura tenemos que volver. Como mecenas, Vergara descubrió el genio ignorado del campesino Eugenio Díaz, a quien se debió la idea del Mosaico, y el de Jorge Isaacs, tan importante para nuestras letras. Recopiló Vergara un *Museo de cuadros de costumbres* y aun tuvo tiempo para escribir una novela *Olivos y aceitunos todos son unos*; y la primera historia de la literatura colombiana.

Modesto agricultor, dedicado al trabajo manual, fue el sorprendente Eugenio Díaz (1805-1865). Como Daniel Defoe, empezó a escribir casi en la vejez. Su notable novela *Manuela* no es un cuadro bogotano, y como tal no viene al caso aquí. Sin embargo, su valor social es grande; después de leer una novela como aquella, queda el sabor de que la sociedad, las costumbres, las maneras, han cambiado profundamente desde entonces. Más relacionados con la ciudad son algunos de sus cuadros, como *Los pescadores del Funza* y *Los aguinaldos en Chapinero*.

José David Guarín (1830-1890), aunque muy bogotano, había nacido en Quetame (Cundinamarca). Fue cónsul en Nueva York y se hizo célebre por *Los doce pañuelos*, cuadro del tendero bogotano que no sabe negociar, y por



Vista de Egipto tomada del lado norte, sobre el camino de Agua Nueva, Bogotá. *Acuarela de Manuel Dositeo Carvajal. Agosto 1853 (Fondo Cultural Cafetero).*



Vista de Monserrate mirada de lado sur. *Acuarela de Manuel Dositeo Carvajal. Diciembre de 1852 (Fondo Cultural Cafetero).*

Mi primer caballo, recuerdo de un premio que en su niñez le diera el general Santander. También merecen ser nombrados el antioqueño Emiro Kastos (Juan de Dios Restrepo, 1823-1894), cuya obra sigue siendo agradable de leer, y Ricardo Carrasquilla (1827-1886), quien, aunque nacido en Quibdó, produjo el mejor cuadro de costumbres versificado, *Fiestas de Bogotá*.

Vergara describió al bogotano de siempre: “perezoso por modestia, modesto por pereza . . . Lo comprende todo, pero se burla de todo”. Tal vez a nadie cae mejor ese retrato que a don Ricardo Silva (1836) acaso la figura más interesante del período, opacada por el brillo inmenso de su hijo José Asunción. Dueño de una lujosa tienda en la que se vendían sedas y porcelanas, Silva vivía como un mandarín comerciante, dado a la literatura en momentos de ocio. En sus chispeantes cuadros, llenos de gracejos, señaló que los santafereños o raizales estaban desapareciendo para dar paso a una multitud de provincianos, agregando que éstos se estaban enriqueciendo. Y retrata por vez primera al bogotano decadente que Vergara presintió (los Silvas son buen ejemplo), que vive de la moda y no de la corriente impetuosa de los negocios, tan distinto de aquel advenedizo que no se deja “envolver en la red de ese lujo exagerado y ridículo”. Un enfoque marxista hablaría de la ascensión de la burguesía. Se diría que Silva presentía su ruina y la de sus desgraciados hijos en un mundo cada vez más hostil a su delicada manera de ser.

Con humor e irreverencia, con algo de Swift y algo de Daniel Samper Pizano, Silva conocía todo, pero de todo se burlaba, como en aquella espléndida pieza antológica en la que se mofa de las continuadas y cuantiosas indemnizaciones

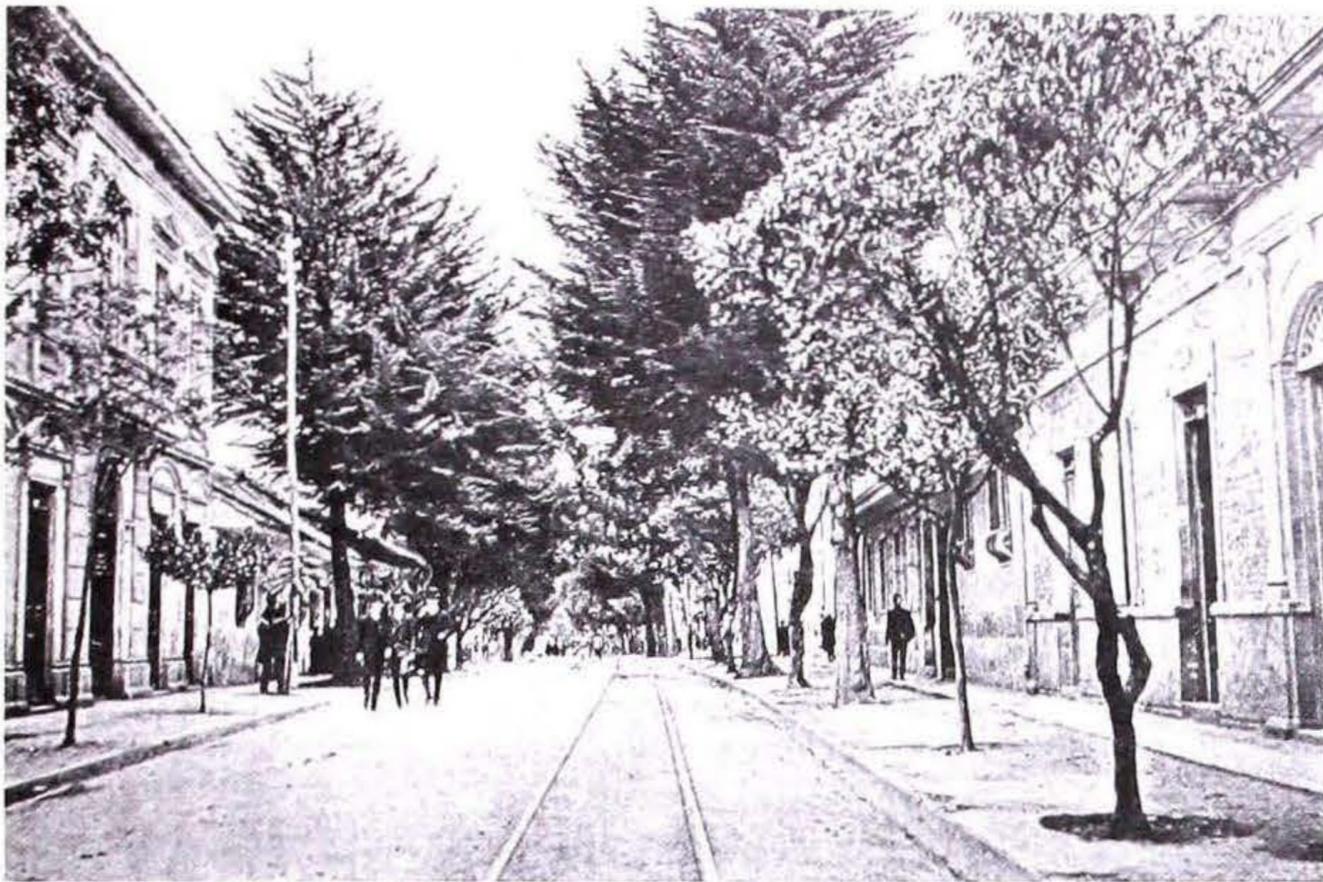
que reclamaban los súbditos extranjeros al gobierno de Colombia por los más fútiles motivos. En otra ocasión, se burlará de las juntas, reforzando la idea de que, si se quiere que algo no funcione, lo mejor es dejarlo a un comité o a una junta. A veces, son sencillos episodios de la vida cotidiana, como la pérdida continua de un manojito de llaves o la desgracia de pasar un domingo en casa dizque descansando, o una réplica ingeniosa a la “docena de pañuelos” de Guarín, en *Ponga usted tienda*. Especialmente graciosos son los cuadros que retratan al “chino” bogotano, antecedente del gamín. Chinos se les decía a los hijos de las criadas. Januario Salgar había escrito “El chino de Bogotá; Silva replicó con *El niño Agapito*. Caicedo y Rojas había clasificado a las criadas en tipos fácilmente discernibles: copulativas, disyuntivas, condicionales y causales (casi todas adversativas). En *La cruz del matrimonio*, Silva afirma: “Las criadas no mueren nunca y todas son iguales; cambiamos, pues, de nombre al tener una criada nueva; pero es un error creer que hemos cambiado de criada”. Tras exponer los remilgos y alevosía de aquéllas, establece como regla general que todas son sordas. Su visión —muy aristocrática, por cierto— se completa con *La niña Salomé*, a la cual podemos agregar *La niña Agueda* de don Manuel Pombo (1827-1898), hermano de don Rafael.

FINAL MELANCOLICO

El viajero argentino don Miguel Cané, a su paso por Bogotá, quedó admirado por “la superioridad incontestable” del nivel intelectual bogotano y de su “maravillosa facilidad de palabra”. “Una mesa —escribió— es un fuego de artificio constante” en donde con frecuencia se da “el aplastamiento de un tipo en una frase”. El personaje descrito estaba, por desdicha, en trance de muerte. El pesimismo final de Vergara lo dice todo: “La vida es una canallada, es un robo cuatrero, ¡es una miseria!”. Era el grito del bogotano derrotado, del costumbrista que iría, con Marroquín y con don Tomás Rueda Vargas después, a refugiarse en las fincas de la sabana, en medio de los orejones, llamados así por las orejas que se les formaban a los pañuelos que colocaban bajo el sombrero; “todo orejón es sabanero, pero no todo sabanero es orejón”, escribía el último descendiente del grupo, Rueda Vargas, sobreviviente de una época extinta. El longevo Marroquín, en su hacienda Yerbabuena, vería cómo la literatura declinaba, limitada acaso por un estéril fanatismo gramatical del cual eran responsables directos, aunque inocentes, Cuervo y él mismo. Vería también cómo Teodoro Roosevelt insultaba a esas “contemptible little creatures in Bogota”, a esa “corrupta comunidad simiesca”, y quizá compartía la desoladora conclusión que en el Congreso expresara por esos días don Esteban Jaramillo: “En materia de tradición y de costumbres, lo único que subsiste entre nosotros son . . . las malas costumbres”.

Bibliografía

- | | |
|--|---|
| ARANGO FERRER, Javier, “Raíz y desarrollo de la literatura colombiana”, en <i>Historia extensa de Colombia</i> , vol. XIX, Bogotá, 1965. | CAMACHO GUIZADO, Eduardo, “La literatura colombiana entre 1820 y 1900”, en <i>Manual de historia de Colombia</i> , Bogotá, Colcultura, 2a. edición, 1982. |
| ARCINIEGAS, Germán, <i>América, tierra firme</i> , Bogotá, Plaza y Janés, 1982. | CAPARROSO, Carlos Arturo, <i>Clásicos colombianos</i> , serie La granada entreabierta, núm. 25, Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1980. |
| CAICEDO ROJAS, José, <i>Apuntes de ranchería y otros escritos escogidos</i> , Bogotá, BPCC, vol. 78. | COBO BORDA, Juan Gustavo, <i>Arciniegas de cuerpo entero</i> , Bogotá, Planeta, 1987. |



Camellón de las Nieves, lugar que hace tiempo se conoció como Tenebroso arrabal (Recuerdos de Bogotá, Ediciones Schimmer).



La legación inglesa arribó a Bogotá en época de Bolívar, y con ella trajo la taza de café, que reemplazó a la de chocolate. Esta es la casa de la legación británica, años más tarde (Recuerdos de Bogotá, Ediciones Augusto Schimmer).

CORDOVEZ MOURE, José María, *Reminiscencias de Santafé y Bogotá*, Madrid, Aguilar, 1962.

DIAZ, Eugenio, *Manuela*, Biblioteca de literatura colombiana, núm. 44, Bogotá, La Oveja Negra, 1985.

GOMEZ RESTREPO, Antonio, *Historia de la literatura colombiana*, vol. I, Bogotá, Publicaciones de la Biblioteca Nacional de Colombia, s.f.

HERNANDEZ DE MENDOZA, Cecilia, "Humorismo bogotano en Germán Arciniegas", en *Arciniegas de cuerpo entero* de Juan Gustavo Cobo Borda, págs. 133 y sigs. (Fuente principal para los apuntes sobre la historia del cachaco).

HUMBOLDT, Alexander von, *Alexander von Humboldt en Colombia. Extractos de sus diarios* (edición bilingüe), Bogotá, Flota Mercante Grancolombiana, Publicismo y Ediciones, 1982.

IBAÑEZ, Pedro M., *Crónicas de Bogotá*, Bogotá, Imprenta Nacional, 1923.

KASTOS, Emiro, *Artículos escogidos*, Bogotá, Biblioteca Banco Popular, 1973.

LEMAITRE, Eduardo, *Panamá y su separación de Colombia*, Bogotá, Editorial Pluma, 1980.

MARROQUIN, Lorenzo; Rivas Groot, José María, *Pax*, Biblioteca de literatura colombiana, Bogotá, La Oveja Negra, 1986.

MELO, Jorge Orlando, "El ojo de los franceses", en *Boletín Cultural y Bibliográfico*, núm. 5, vol.

XXIV, Bogotá, Banco de la República, 1985, pág. 97 (Reseña de las obras de Pierre d'Espagnat, Augusto Le Moyne y Charles Saffray sobre la Colombia del siglo XIX).

MONTAÑA, Antonio, *Fauna social colombiana*, Bogotá, Gamma, 1987.

MUSEO DE CUADROS DE COSTUMBRES. Variedades y viajes. Biblioteca de El Mosaico, 1866, Bogotá, Biblioteca Banco Popular, núms. 46 a 49, 1973. (Muy completa selección de textos de José María Vergara y Vergara y demás miembros de El Mosaico).

NIETO ARTETA, Luis Eduardo, *Economía y cultura en la historia de Colombia*, Bogotá, Tiempo Presente, 1975.

POSADA, Jaime, "Entre zanahorias y rascacielos", en *Arciniegas de cuerpo entero* de Juan Gustavo Cobo Borda, págs. 265 y sigs.

RODRIGUEZ FREYLE, *El carnero*, Biblioteca de literatura colombiana, núm. 95, Bogotá, La Oveja Negra, 1985.

RUEDA VARGAS, Tomás, *Visiones de historia y La sabana*, Bogotá, Colcultura, BBC, 1975.

SANIN CANO, Baldomero, *Letras colombianas. Colección autores antioqueños*, vol. I, Medellín, 1984.

SILVA, Ricardo, *Artículos de costumbres*, Biblioteca Banco Popular, núm. 45, Bogotá, 1973.

VARGAS TEJADA, Luis, *Las convulsiones y otras obras*, Bogotá, Colcultura, 1971.